



SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.
ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO
El hijo.

JOAQUÍN ESTRADA
La primera aventura de Juanito.
CLEMENTE DE CASTRO
Casualidad.

DIEGO DE SAN JOSÉ
... Y apaleado.

FERNANDO AMADO
¡Sola!

CHELITO y ADELITA LULÚ
Opiniones sobre el bigote.

MIGUEL DE LA CUESTA

La divina enemiga.

FÉLIX REGIO

El pan de cada día...

JULIO MATA

Agradecimiento.

SAL VADOR ORTEGA

Favor por favor.

JACINTO CARMÍN

Nuestras cocotas.

TOVAR, UCETA y ALFONSO

Coricaturas y retratos de Esmeraldita,
Amalia López y otros dibujos.



ESMERALDITA

Monísima «divette», muy joven y muy rica,
que hace estos días las delicias del público
en el Trianon-Palace.

5 cénts.



LOS VIDRIOS ROTOS

CUENTO QUE, AUNQUE YA ES «VETUSTO»,
TAL VEZ LO LEAIS CON GUSTO...

Llegó un inglés á esta Corte con tan horrible apetito de entregarse á los placeres con el sexo femenino, que en cuanto estuvo en la fonda mandó un recado urgentísimo para que á una proxeneta de *postin* diesen aviso.

Como él y la zurcidora se conocían de antiguo, por ella haberle prestado ya otras veces sus servicios proporcionándole amigas que tuvieran el «vidrito» sin romper (como él decía, porque era un hombre muy *finso* para hablar), con dos palabras se entendieron los indinos.

*

Tornó á sus lares la dueña determinada á servirlo (porque el oro inglés es cosa que convence á todo Cristo) y encerrándose con una de sus pupilas, le dijo:

—Tengo un inglés que desea pasar un rato contigo.

—¿Dormida no?

—¡Qué dormida, só *asaura*; ni qué niño muerto, *malange!* Tú ignoras cómo las gasta ese tío... Debe de tener insomnios, porque en este domicilio se ha pasado muchas noches; pero jamás se ha dormido.

—Ya le haré yo que se duerma.

—Lo encuentro difícilillo.

—Que se venga aquí, y veremos... ¿Es guapo?

—No; pero es rico, que es mejor.

—Perfectamente. Que se venga, y al avío.

—Permíteme que hable, porque todavía no te he dicho que ese señor es muy raro. Sólo le gustan los vidrios sin romper.

—¡Anda la diosa! Pues ya sabe usted que el mío me lo rompieron hace años.

—Ya lo sé; pero es lo mismo. La cuestión es que tú pegues los pedazos con el líquido que ya sabes.

—Eso corre de mi cuenta.

—¡Milagrito será que no hagas alguna tontería!

—Cuando digo que eso corre de mi cuenta, no hay más que hablar: ya está dicho.

—Bueno, sí; mas no me vayas á buscar un compromiso.

—No, señora; eso se queda para usted. Venga ese tío, ¡y á ver si duerme ó no duerme, como se entienda conmigo!

✱

Llegó el inglés á la casa. La pupila, con el líquido de que habló la proxeneta, se untó los labios. Y el *primo* del inglés no vió ni gota...

Por el contrario, el vidrito le pareció que aún estaba sin romper. Con gran sigilo, después de apagar las luces, puso la tal un vasito sobre la mesa de noche, lleno del famoso líquido merced al cual se juntaban los fragmentos de los vidrios rotos; de forma tan hábil, que aparecían unidos y era empresa bien difícil y ardua la de desunirlos; pues lo que con él se untase quedaba tan cerradito, que no había forma humana (ni sobrehumana) de abrirlo.

*

Después de hablar mucho rato, quedaron-se ambos dormidos. Ella se entregó á Morfeo, que era su dios favorito. Y el inglés (que no podía pegar ojo) de improviso sintió una sed tan rabiosa como si hubiera comido bacalao aquella noche; por lo cual tomó el vasito que estaba sobre la mesa de noche con aquel líquido, y, en menos que canta un gallo, lo dejó casi vacío.

Despertó á la dormilona para echar otro ratito de conversación; pero ella se acordó de lo del vidrio, y, á fin de que su canelo no se enterase del timo de que le había hecho víctima, se apoderó del vasito.

Pero, al ver que no quedaban en él más que los resíduos, preguntó al inglés:

—¿Y el agua?

Y él, que por tragarse el líquido no podía abrir la boca, balbuceó:

—¡Me la he bebido!

{ Por la composición,

Carlos Miranda.

EL HIJO



ERASE un clérigo marrullero y ladino, más de lo que suelen serlo, y lo son mucho, esos buenos presbiteros de aldea asturiana. Erase un clérigo glotón como un fraile de Rabelais y mujeriego como un capellán de Boccaccio. Erase un clérigo más dado á las dulzuras del buen vino, de la buena comida y de las buenas mozas que á las controversias de Sagrada Escritura y de Teología ó á los latines litúrgicos.

El instinto popular, que nunca marra, le habla aplicado aquel cantar regional, que dice:

*El señor cura del pueblo
tiene la sotana rota,
que la rompió en un bardal
por correr tras de una moza.*

Los mozos del pueblo, cuando pasaba al lado de los corros donde ellos jugaban á la barra ó á los bolos, solían cantárselo en voz baja.

En voz muy baja, que más era tenue susurro, porque en voz alta nadie se hubiera atrevido. Que el reverendo era forzado y temible como un atleta de circo.

Este buen abad, de quien se contaban muchas historias donjuanescas, tenía en su vida una aventura fundamental, esa aventura del ama, que en los clérigos robustos y sensuales de aldea viene á ser como la clave de una eterna fidelidad aparente al voto de castidad, como la sustitución del matrimonio y la recompensa del celibato.

Esta aventura pocos la sabían, y eran más públicas y notorias sus pequeñas buenas fortunas, que diría un traductor del francés, sus escaramuzas en la campaña de Cupido: aquella moza sorprendida al volver de una romería, aquella cubana casada con un hijo del pueblo que emigró á Indias y volvió rico á su tierra, aquella esposa mal cumplidora de sus deberes, que era ardiente y sabrosa como una fruta del Trópico...

Y en realidad, lo único serio y grave de su vida era la aventura del ama, mozancona rolliza y colorada, de senos escandalosos y caderas rotundas, que acusaban una fecundidad avasalladora. Y la aventura con el ama trájole el único tropiezo, la única nota desagradable de su vida: el hijo.

Un hijo recio y fornido como de tan buenos progenitores, un muchachote que hubo de instruir y educar en el colegio de la villa,

y que le costó mucho dinero y algunos disgustos. Llegó á oídos del señor obispo la existencia de ese vástago presbiteriano, que así ponía en solfa á los ojos de todo el mundo la validez del celibato eclesiástico.

No encontrando Su Ilustrísima correctivo á mano que no causase mayor escándalo que la existencia de este hijo sacrilego—vulgarmente llamado sobrino—decidió reprender



—¿Aceptaría usted esta rosa?

—Gracias; pero prefiero los capullos, y cuanto más apretados mejor.

verbalmente al clérigo cuando le tocase pasar por su parroquia en visita pastoral.

Llegó el día tan ansiado por el prelado y tan temido por el párroco, y Su Reverendísimo fué recibido con enorme pompa en la humilde aldea. El párroco sacó los vinos más añejos de su bodega, y ordenó al ama, objeto de pecado, condimentar los más exquisitos manjares; y como era gran epicúreo y solía cuidarse bien, Su Ilustrísima quedó más que satisfecho del ágape.

Durante el curso de la comida, el obispo

lanzó finas ironías acerca de los clérigos que tenían *tapadillos* que todo el mundo conocía. A los postres, el prelado, gran fumador, extrajo de su petaca dos ricas Panetelas y ofreció una al párroco. Este, que realmente nunca había fumado, la rehusó diciendo con cierto aire desdeñoso:

—No tengo el vicio de fumar.

Nunca hubiera dicho tal, porque el Pastor



—¡Míá que si don Melquiades pescase, á esta socia no diría que est á la sociedad tan podrial

de almas, deponiendo por un momento su masedumbre evangélica, replicó airado:

—Porque no es vicio, no lo tiene usted...

Terminada la opípara refacción, encamináronse á la iglesia parroquial donde había de celebrarse la solemne ceremonia de la Confirmación. El prelado revistióse con las más suntuosas vestiduras y fué dando los correspondientes bofetoncitos, añadiendo el *Ego te confirmo*, etc., á cada niño y niña que ante él cruzaban, besándole reverentes el episcopal anillo. Por cierto que los besitos

de algunas muchachas ya formaditas y muy peripuestas, retrasadas en el segundo sacramento del cristiano, le estremecieron un poco.

Cuando dió fin la litúrgica ceremonia, el señor obispo, un poco fatigado por el tiempo que había pasado en pie y por los besitos estrepitosos de las niñas mayores, suplicó al párroco:

—Le ruego que dé usted la bendición en mi nombre porque estoy fatigadísimo...

El cura volvióse hacia el infantil auditorio y dijo con voz clara y rotunda:

—Por mandato de Su Ilustrísima, yo os bendigo... en el nombre del Padre... y del Espíritu Santo.

El obispo, un poco extrañado del cercén hecho en la fórmula litúrgica, preguntó al párroco por lo bajo:

—¿Qué ha hecho usted del hijo?...

El buen clérigo contestó sin inmutarse:

—En la puerta de la iglesia está con un regalo para Su Ilustrísima...

Andrés González-Blanco.

SUCEDIDOS...

Una de nuestras más encantadoras madrileñitas se hallaba estos días completamente aterrada, y el caso no era para menos. Figúrense ustedes que la infeliz se cree en cinta, y, lo que es todavía peor, está persuadida de que lleva en su seno dos gemelos.

Su tierno esposo la sorprendió una mañana llorosa y con visibles señales de no agradarle esta pícara existencia, y como el hombre se reconoce, por el contrario, felicísimo y no tiene por qué llorar, acercóse á su costilla y la preguntó con cariñosa voz:

—¿Qué te pasa? ¿A qué viene ese llanto?

—Ya lo sabes—contestó ella haciendo un delicioso mohín.—Ya te lo dije ayer... Es que estoy...

—Bueno, mujercita; pero en eso más veo motivo de regocijo que de tristeza...

—Sí, si regocijo... Uno está bien, es mi sueño dorado... Pero dos... ¡Qué vergüenza!

—Tampoco tiene la cosa nada de extraño...

—¡Ah! ¿No lo encuentras extraño?

—No, hija mía... Acuérdate de que muchas veces, tan sincero y profundo es mi amor, que no vacilo en darte dobles pruebas de sinceridad... ¡Tú las quieres!

—Dobles pruebas... ¡Ah! sí, ya caigo—respondió ruborizándose la linda esposa.

LA PRIMERA AVENTURA DE JUANITO

I

JUANITO Peña, al cumplir los dieciocho años, era un buen chico y estaba, además, completamente virgen. No bebía, ni fumaba, ni jugaba. Ja más dijo una palabra fea y nunca tuvo contactos peligrosos con las mujeres. Era, en suma, el jovencito ideal con que sueñan las casadas veleidosas y las solteronas arrepentidas cuando ya han gustado los amores de un torero de posfín, de un tenor de ópera y de un canónigo joven, suave y elocuente, amigo de establecer compatibilidades entre el latín y las cosquillas.

A Juanito le había educado el cura de su pueblo — un pueblo gris de una provincia lamentable —. Este cura era hombre muy austero, aunque las malas lenguas — que no faltan, siquiera no abundan tanto como deseaban algunas muchachas — habían hecho á costa suya un timito muy feo. Decían que el pobre señor «se bajaba á las mozas...» á un huerto de árboles frutales que tenía algo lejos del pueblo y que se llamaba así: «Las Mozas». Pero esto no pasó nunca de ser un chiste malo, como el cura tampoco pasó nunca de tirar pellizcos á las chicas en el confesonario.

Cuando Juanito tomó el tren para Madrid, venía limpio de polvo, ya que no de paja, porque como era el tiempo de la trilla, había andado por las eras, y claro... Pero conservaba todo su pudor nativo, y hubiera sido capaz de ruborizarse al ver reflejada en el espejo su propia imagen en calzoncillos de punto, que ciñeran las formas.

Cierto que tenía su novia, una niña puerina, hecha de la melancolía de las noches

de alameda, con música de charanga, y las tardes de sol y pereza provinciana, en que tiene el cielo un azul extático y el ambiente una tibieza de hogar... Pero era sólo una novia para hacerla versos, con grave detrimento de las musas y del papel blanco, que el pollo gustaba por arrobos.

II

Ya en Madrid, la mala estrella de Juanito

LAS MAÑANAS DEL RETIRO



Ella.—¡Bien podías haber venido antes!

El.—Perdóname, nenita, perdóname. Es que anoche me enredé á jugar al tresillo con Nené y Pepita y me metí en la cama á las dos...

le llevó á una de esas fondas excéntricas, refugio de comisionistas, cómicos y estudiantes. Y allí conoció á unos jóvenes de

buen humor, periodistas unos, matriculados en la Universidad otros, que se propusieron dar al traste con la honesta y virginal templanza del chico, á la vez que con unos cuantos cientos de pesetas—ahorros del pueblo—que el muchacho traía en cartera.

Una noche, tras larga deliberación, acordaron llevarle á un café de camareras, que solían frecuentar. Aunque esto de los cafés servidos por chicas se va poniendo muy mal con la invasión de los «chauffeurs», los nuevos amigos de Juanito suponían que alguna se habría salvado, permaneciendo incorruptible ante las acometidas de estos tenorios de la manivela, que deben manejarla muy bien cuando tanto gustan á las nenas que sirven *bocks*.

Y he aquí á Juanito en un reservado, con un chato de montilla delante y una señora sentada en las rodillas.

El cuadro era de lo más original. Emilio Frontera, un chico muy simpático y corriente, hablaba con su Lola, guapa muchacha con unas cuantas toneladas de gracia; Antonio Sánchez-Rosas, uno de los que «se las traen» en Madrid, charlotaba con una cupletista en ciernes, que será cuando haga su debut de las mejores, y por la que suspirarán muchos «habituales» de los cines, y Juan y Rafael Mendoza, dos jóvenes alegres, buenos amigos y excelentes camaradas, compartían la simpática conversación de su Luisa chula, sugestiva y postinera, que sabe sonreír como se relan en el Madrid viejo las majas y las manolas que iban á los toros en calesa. En un rincón hacía filosofías Joaquinito Torres, un individuo muy corrido y muy raro, que en sus noches lúgubres parecía un agente de funeraria en época de salud. Pero ya sabían los demás que «aquello» le pasaba y no le hacían caso.

Juanito estaba, en tanto, que un color se le iba y otro se le venía. La camarera que le daba coba era una respetable anciana muy distinta de las otras tres, jóvenes y bonitas; pero á él antojábasele la Venus de Milo, Julieta Fons ó la hija del alcalde de su pueblo, que eran las tres mujeres más bonitas que conocía. ¡Qué cutis, blanqueado con polvos de todas clases! ¡Qué boca, más fresca que la Puerta del Sol á las doce de la mañana de un día de Agosto! ¡Qué cuerpo! ¡Qué curvas!

Entre ellas y ellos arreglaron que Juanito se fuese á acostar con la prehistórica dama. Y el pobre Juanito, temblando, nervioso, colorado hasta las orejas, se marchó con la camarera, escoltado á distancia por los amigos, que así se lo habían prometido solemnemente, pues el muchacho no estaba aún muy expedito en esto de las calles madrileñas y an-

daba con temores de un encuentro desagradable.

Y llegó el momento. En una calle pútrida y oscura se abrió un portal, y por una escalera tortuosa subió la pareja. El héroe iba ya más que arrepentido de su aventura. Pero no había más remedio y era tan apetitosa la hembral

En un cuarto inenarrable, en que sólo había una cama y un lavabo, encendió la camarera una vela introducida en una modesta botella de cerveza. Y empezó á desnudarse. Cayeron la blusa, el cubrecorsé, la falda bajera y la enagua. Juanito, en el colmo de esa primer lujuria franca que nunca se olvida, miraba los brazos, demasiado gruesos, que á él parecíanle modelados á cincel; el escote, no muy blanco, sin duda por falta de un baño, y las piernas, que parecían columnas de una catedral.

Pero le esperaba una sorpresa. Al quitarse el corsé salieron adheridos los pechos, ¡su mayor ilusión! ¡Eran de goma!

Algo mobino, metióse en la cama cuando ella le invitó. Y á un grito de la camarera hizo su entrada en el cuarto una mujer extraña, que llevaba un bulto más extraño aún.

Juanito se echó á temblar. Acordóse de Enriqueta, la secuestradora, y las informaciones del *Duende* y Pérez Luján comenzaron á bailar un *aquelarre* en su mente. Creyó llegada su última hora, y rezó...

.....
Pero no se trataba de un nuevo crimen. Era, sencillamente, una criatura, nacida del último «mal paso» de la camarera, que acostaron en la cama de ésta, y que orinó, lloró y pateó, hasta que Juanito, que, como ya hemos dicho, era un buen chico, se levantó á pasearla.

La del alba sería cuando Juanito logró callar á la pequeña, poniéndola un dedo en la boca, para que se hiciera la ilusión...

Y así Juanito actuó de padre, conservándose aún casto, porque entre el susto, los lloros del chiquillo y el sueño de la camarera, el muchacho estuvo toda la noche reducido á la más mínima expresión...

Joaquín Estrada.

CASUALIDAD

¿Es posible, padre Adán,
que siendo vuesa merced
el primer hombre del mundo,
le engañara una mujer?

Clemente de Castro.

... Y APALEADO

(INDISCRECIONES DE UN PAJE)



STAS y otras páginas hallé entre unos papeles viejos que un mi abuelo rebuscador conservaba en una alacénilla, que allá, en un desván con pujos de celda, privaba como sagrario de las devociones ratoniles de mi antecesor. Yo sáculos de la penumbra y secreto en que los siglos dormían y á guisa de crónica picaresca de un tiempo que pasó, te las ofrezco.

Si ellas te aburren, tiralas al fuego, que poco se me da, puesto que el original me guardo.

PAPEL PRIMERO

¡Qué de engaños y farsas tiene el mundo, que no hay moneda de estaño que más falsa sea! Miren vuestras mercedes por esta que decirles quiero si no tengo más razón que un evangelista.

Al pie de cuatro años habrá que desde Segovia (tierra en que plugo á mi padre de establecerse, á mi madre de parirme y en trambos de confeccionarme) vine á la corte y entré en casa deste grande de España, puntal de la Corona y tizón del Santo Oficio, que no menciono por no darme á la vergüenza. Y viniendo yo de mi casa, puro é inocente como cendal de virgen sin adobo, no más de por lo que vi en este hogar, pudiera dar liciones de picardía y travesura á aquel mismo Diablo Cojuelo, que diz que una noche levantó los tejados de la villa por dejar las macas de sus vecinos al descubierto.

Es mi señora doña Silvia, mujer de mi amo, la más gentil hembra que vi en mis

días, y diz que en el alba de su mocedad la mesma Venus, al salir de los mares, la tomara enojos y celos, el sol. Ahora, como ya va mediando el otoño, parece que quiere aromas de primavera y á todo riesgo los busca, que así acontece, entiendo yo, en todo hecho agradable de la vida: á él nos tenemos hasta que se va perdiendo la memoria de cuando fué ó la esperanza de alcanzarle.

EL JUEGO DE BOLOS



—Mira qué casualidad, Rosa, tu niño y yo coincidimos. Los dos hemos tirado dos palitos.

Yo era simple, y no hacía aprecio de lo mucho que me regalaba doña Silvia, cuando aún no habla una semana que era á su menester. No gustaba de que nadie me emplease, y siempre á su lado me quería, y con esto yo apenas movíame de la cámara y de toda costumbre era testigo, que delante de mí cambiaba de ropa y delante de mí llegó á tomar el baño y á mandarme que la enjugara con un sudario transparente á cuyo tra-

véis dibujábase la carne fresca y mórbida, que era ganzia de mi simplicidad. Y un día hubo ella de acudir á enjugarme, y de entonces, todas las mañanas.

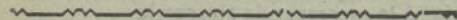
.....
Y aquí quiero dar cuenta de un mal rato que hizome pasar una noche y que luego no fué más que una burla cruel contra mi prócer consorte.

Y fué desta manera:

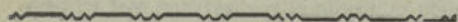
¶ Djome una tarde:

—«Mi Blasico, quiero que esta noche la pases en mi alcoba.

—¿Y cómo podrá ser eso—decía yo es-



—¡Ay!! ¡Ya no me queda más consuelo que el tuyo, querubín mío!



pantado—si mi señor, el duque, está en ella y por fueros de marido en vuestra misma cama?

—Pues mira, que quiero que así sea—decía—ó á fe que todo lo eche á doce. Tú entrarás quedito, y entre los cortinones del lecho y la cabecera te esconderás; ya estaré yo sobre aviso y no te irá mal, que para esta vez te guardo el mejor soneto de mi antología.

Y fuf con el alma en la boca.

A tientas iba, curando de no tropezar, y si por acaso hacía ruido, luego me estaba una hora con un pie en el aire.

Apenas llegué á la cortina que cubría el infierno de aquel matrimonio, cuando me advirtió doña Silvia, y tomándome por la diestra comenzó á decir:

—Marido, marido, ¿no oís que os llamo? ¡Parecéis un tronco! Así curáis del honor de vuestra esposa, que por osadías de un esclavo vil se ve en peligro? Sabed que Blasico, aquel paje que trajisteis de Segovia, hoy me ha requerido de amores, y aún tuvo la avilantez de darme cita en el jardín para esta noche.

Sólo pensaba yo en estar enterrado, que muerto ya lo era, y por ello no pedía confesión.

Doña Silvia continuaba, sujetándome más cada vez.

—Ved, marido, que quiero que bajéis al jardín y le deis lo que merece por tal desacato al honor de entrambos.

El tal, como toro alanceado, púsose en pie de un salto. La pécora continuaba:

—Pero advertid, que para que no huya al veros y podáis castigalle como se merece habéis de encajaros mis vestidos. Ponéoslos, y no hagáis luz porque no advirtáis el almagre de vergüenza que me cubre el rostro al haceros esta confesión.

Hizo el maridillo como le decían, y salió furioso al jardín.

.....
Cuando húboseme pasado el susto, mandóme mi ama y dueña que luego con un buen fresno bajara en busca del toreado, y entendiendo que era su liviana costilla, emprendiérala á golpes hasta que pidiese confesar y que dijésele mientras le daba:

—Tomad, bellaca, bazofia de arrieros, tásajo de mancebía, que en esta estima tenéis la limpia honra de mi amo, pues con un criadillo suyo consentáis en esta vileza, que él no lo pidió más que para probaros.

Hicelo así, y en Dios y en mi ánima que me despaché á mi gusto. A la media docena plañía el infeliz:

—¡Basta, Blasico, por tu vida! que ya se en cuánto tienes el honor de tu amo, basta, que soy yo. Así como á mí duele, prémietelo Dios en el cielo tan bien como yo te lo premiaré mañana en mi aposento.

.....
Desde aquel día, soy el amo de la casa...

.....
Luego de copiado el suceso, á mí me parece que ésta no se coció en las aventuras de

aquel truhán, sino en un donoso ingenio; pero con su pan se lo coma, que yo me lavo las manos.

D'ego de San José.

¡SOLA!

ANITA López ha sido deliciosamente linda. La proximidad de los cuarenta acentúa, al propio tiempo que la de sus formas y la de sus rasgos, la rigidez de sus principios.

La otra tarde, cuando su marido acababa de salir para dirigirse, según costumbre, al Círculo, la bella Anita oyó sonar el timbre de la puerta.

Ausentes las doncellas en aquel momento y suponiendo que su marido se había dejado olvidado algo, fué por sí misma á abrir y se encontró en presencia de un amigo de la casa, Jorge, un apuesto y galante mozo que cuenta por miles sus afortunadas aventuras amorosas.

—¿Recuerda usted, querida amiga, haberme dicho que estaría usted sola hoy? Pues vengo á proponer á usted que pongamos en común nuestro mutuo aislamiento.

Y al decir estas frases, acerca su silla á la butaca de Anita.

—Ni una palabra más...—responde ésta con emoción harto vi lenta para no ser fingida—. Estoy sola aquí, sin defensa... mi marido ha dicho que no volverá hasta la hora de comer... Las doncellas tienen permiso hasta la noche... Espero que usted comprenderá...

Y efectivamente, para probarle que la comprendía, Jorge la rodeó con el brazo la cintura y la transportó al canapé cercano...

¡Ni una palabra más!

Fernando Amado.

LA CADENA

Cruzaban alegres la verde pradera
los recién casados...
rudo y fuerte el mozo como roble nuevo,
y ella delicada como joven álamo...

Jugaban, corrían... riendo tiraban
el uno del otro, cogidos del brazo,
como dos eslabones unidos
y á la intensa llama del amor forjados!

Por la verde pradera volvían
los recién casados,
sin reír, sin ansías,
rendidos, despacio...
Como de una carga, tiraban el uno
del otro del brazo...
para siempre unidos...
como dos eslabones forjados!

V. certe Medina

Los hombres ¿deben usar bigote ó barba ó bien deben afeitarse completamente?

Si el bigote me gustan más los hombres.
¡A cuántos he hecho afeitar!
También me gustan con barba.
Y con bigote.

CHELITO.

A mí, francamente, no me gustan los hombres con barba, ni afeitados, ni...

Me gustan con bigote.

Y como esto de «con bigote», dicho así, es un poco confuso, me explicaré.

Me gustan con bigote negro, pequeñito y cuidado, muy cuidado.

Esto creo yo que es el gusto de todas las mujeres de gusto... Al menos es el mío y el que yo he oído exponer á muchas amigas... Una, á quien ayer la decía yo que mi amigo pedido esta opinión y tenía que enviársela después de mortrarse conforme conmigo me contaba que, siempre que tiene un novio nuevo, lo primero que hace es regalarle un espejito, un peñecito y unas tijeritas, diciéndole:

—Toma, para que te cuides el bigote.
De este modo ya lo sabe y... ¡á cualquier hora se le quita!

ADELITA LULÚ.

LA DIVINA ENEMIGA⁽¹⁾



A amanecido el cielo plomizo; la lluvia con monótona lentitud cae y en el día hay un gesto de pere-zoso tedio, de alguna gran amara-gura que lloran las nubes.

Angel, completamente arregla-do, repasa las páginas de un álbum. Amparo se ha inclinado en el lecho y ha puesto en él la más intensa mirada de sus ojos amantes.

Sobre la mesa de noche, en un vaso, hay unas flores mustias, tristes como aquel cielo; flores que al secarse pierden su arrogancia, sus ideales tonos, y en su agonía exhalan sus últimos perfumes; las violetas, las románticas fiorecillas doblan sus gentiles tallos, abrumadas del peso de sus pétalos.

Amparo las ha mirado un momento, ha cogido unas pocas, y en su enmarañada cabellera entrelaza aquel resto de amor,

—Mira, Angel, tus flores; pobrecillas, qué pronto se han secado.

—Sí es verdad—ha replicado éste sin separar la vista del álbum.

—¿No me miras? ¿Te parezco fea así?

—Tú siempre estás linda, y con flores más.

—¿No ves en ellas un parecido?...

—¿A qué?

—Esta flor es como una mujer: luce er-guida y linda; luego la arrancan, la besan, se la prenden como adorno; pero pronto sus pétalos se ajan, su tallo se parte, y entonces la tiran como inútil; por eso yo que adivino su pena, las quiero más ahora cuando mueren; la juventud y el vigor son hermosos; pero la muerte, el frío, la tristeza, tienen una belleza romántica incomparable. ¿Te gustan los versos?

—Sí, pero me aburren...; algunas veces los hago, pero tan feos, que los rompo indigna-do, al ver que no son más que la parodia de mis sentimientos.

—¿Qué bonito es lo triste, verdad?

—Sí, vida mía—Angel ha separado el li-bro y se ha acercado á Amparo—; lo triste es muy lindo, por eso quiero tus ojos cuando lloran, por eso tus lágrimas apagan esa sed de cariño que tengo, y cuando te veo así, junto, muy cerca, siento pena, temor del más allá y te oprimo á mi pecho, porque quisie-ra unirme para siempre á mí.

—¿Crees acaso que sin el llanto de tus ojos, sin el fuego de tu mirada, estaría aquí?

No, nena; yo sé que me aparto del deber, que mi honor te lo voy entregando poco á poco; pero unidos, con las cabezas muy jun-tas, arrancaremos sus últimos restos, y los echaremos á ese fuego, riendo como locos; acaso algún día me arrepienta, pero ¡no valen estos momentos de dicha algún remordi-miento?

—Sí, vida, lo valen todo.

Y un beso largo, casi eterno, fundió sus bocas y las flores cayeron en la aimohada mientras resonaba el lento *tic-tac*, del agua que caía.

—¡Adiós, niña... Es tarde.

—¡No te vayas!...

—Sí, sé juiciosa; D. Ramón no tardará, y no quiero repetir la escena del otro día; es-conderme en un armario como un ladrón, y bien mirado eso soy; pero robo tu cariño, y en él llevo el perdón. Otro beso... así, mu-chos, mil, hasta estrujar los labios.

Amparo reía, con sus manos sujetas al abundante pelo, y de un salto, calzando sus cintelas, se asomó á la puerta del cuarto.

—Un beso aquí—y llamándole alzaba el moño enseñando su divina nuca, ¡así—¡bas-ta! ¡qué cosquillas!—otro en la boca; luego cogió una flor, la besó, y se la puso en el ojal. ¿Te acordarás de mí?

—¡Muchol!...

Y Angel decidido, como si necesitarse tan grande esfuerzo para huir de allí, salió rápido cerrando la puerta de donde quedaba su primer cariño, su primera falta.

Miguel de la Cuesta.



EL PAN DE CADA DÍA...

En vano forcejeaba doña Carmen Garabato para meterse el zapato, pues la tela se rasgaba. Viendo que á mares sudaba, dijo al torpe zapatero:

—¡Siempre tan poco certero! Acérquese usted, á ver si me lo puede meter sin abrir más agujero.

Félix Recio.

(1) Del libro vivido y bien contado que con este título acaba de publicar Miguel de la Cuesta.

AGRADECIMIENTO



Os dos interlocutores salen de Fornos á las dos y media de la madrugada. Ella es tiple del género chico, algo cansada ya: malas lenguas refieren que en sus brazos se inició en amores el veterano y simpático Pepe Loma. Él es joven, apuesto; comienza ahora á escribir y se ha hecho unas tarjetas en que se lee bajo su nombre: «Escritor público.»

Se dirigen á un coche y suben á él. El galán dice al auriga:

—Magdalena, número...

El coche parte, la dama parece, más que triste, indignada; él pretende distraerla con amables frases.

—Es usted muy buena, Carmen.

—¿Por qué?

—Permitiéndome acompañarla hasta su casa.

—Hasta la puerta, nada más. Realmente, si se satisface usted con eso, no dudo de que en la vida le esperen muchas horas felices.

Su voz es destemplada, punzante, agria como un mayido. Voz de tiple por horas... El, Fulano, (llamémosle así) sonríe con la petulancia tranquila de quien sabe que la paciencia y la obstinación triunfan, tarde ó temprano, de todos los obstáculos.

—Ahora—dice—somos amigos, nada más que amigos. Más adelante, cuando yo haya podido ofrecer á usted pruebas inconcusas de mi amor... ¡quién sabe...! ¿verdad?

Ella impaciente dice:

—No hablemos de pampiroladadas. Hablemos, sí, de mi *debut*. He cantado muy mal

—No... ¿cómo?... ¡Qué disparate!

—Sí, sí; no sea usted hipócrita ni cursi; quedamos en eso: he cantado muy mal. El corsé y los zapatos, oprimiéndome demasiado, me hacían sufrir horriblemente; el público, cruel, no quiere tener en cuenta esos detalles. Además, la desafinación que tuve cantando el dúo sacó todos mis nervios de quicio.

Continúa desahogando su cólera, ensañándose contra el apuntador, que apuntaba muy bajo, contra el bombo, que tocaba adrede demasiado fuerte, para ahogar su voz.

—Todo—añade—por vengarse de los desprecios que le he hecho...

Fulano, insinuante y tierno, añade:

—Yo, que siempre fui bueno para usted,

no he avanzado en su corazón mucho más que el bombo.

Carmen, enjugándose los hermosos ojos llenos de despecho:

—Y lo peor vendrá mañana, cuando los periódicos hablen de mí.

—Los periódicos dirán de usted todo el



—¡Ahora comprendo por qué á mi mujer le huele la boca á tabaco!

bien que usted merece. Tengo muchos amigos periodistas.

—¿Conoce usted alguien en *El Liberal*?

—Sí. Y en todas las redacciones.

—¿Y le complacerán á usted?

—Indudablemente. Yo mismo redactaré las gacetillas.

El semblante de Carmen resplandeció de júbilo y Fulano aprovecha esta ocasión para rodear con un brazo el talle de la tiple.

—Si usted quiere—añade perverso—, la Prensa ilustrada publicará su retrato.

Ella, como loca, dejándose palpar y besar:

—¡Ay... sí, sí... ¡Oh, qué bueno eres!...

(Pausa dulcísima.)

—¿Puedo subir á tu casa?
—Eres un niño, un niño grande, un niño bobalicón. Sube cuando quieras; ya sabes

—¡Mil veces; tus versos me gustan tanto, que me los sé de memoria!...
Se besan en los labios, y él baja del coche lleno de ufanía.

—Hasta mañana, pues. Voy á dedicarte un artículo que firmaré.

Su gesto tiene la solemnidad augusta de la protección.

Ella, agitando su pañuelo:

—Oye, oye, Fulano! ¿Cómo te llamas? Dímelo para buscar tu artículo.

Él, mohino:
—¡Cómo! ¿Ignoras mi nombre?

—No, no... Es que ahora... no lo recuerdo...

—Fulano de Tal.

—¡Ah, sí, Fulano de Tal! Procuraré acordarme. Adiós, adiós. Hasta mañana...

.....
Reflexiona bien acerca de este diálogo, hermano lector que aspiras á llegar á periodista.

Julio Mata.

EN VISITA



—Mamá, qué grosería; un cuarto de hora esperando y sin recibirnos.

—Ya, ya, hija. No se parecen á nosotras, que recibimos en el acto.

que eres uno de los hombres más simpáticos que he conocido en mi vida.

De pronto, poniéndose seria:

—Es decir, esta noche no puedes acompañarme; es muy tarde y aún debes redactar las gacetillas y llevarlas á los periódicos. No pierdas tiempo. Apéate aquí mismo y busca un coche.

—Pero, chiquilla, eso podemos arreglarlo mañana.

—No, no, de ninguna manera. Mañana, no; sería tarde. ¡Hoy!...

Luego añade, templando suavemente la dureza de su expresión:

—Vé y defiéndeme como únicamente tú, que tienes mucho talento, puedes hacerlo.

—¡Bah, mucho talento! ¿Acaso leiste algo de lo escrito por mí?

ORIENTAL

Con sus testas de bronce, con sus torcos [velludos,
cuando una voz de reina dió un grito de [mujer,
salieron de la estancia siete esclavos des- [nudos

exangües por la mano de fiebre del placer. Suavemente una gusla sensual languidecía; una voz encantaba viejas trovas de amor, y en la taza de mármol de una fuente reía la fresca y armoniosa gracia del surtidor. Y, mientras suspiraba la reina entre visiones de un quimérico sueño vago y sentimental, con la lengua anhelante de tibias libaciones saltaba entre sus finos muslos el tigre real.

J. Martínez Jerez.

FAVOR POR FAVOR

UNA de estas mañanas de Abril, templada y alegre, hace dos ó tres días, el guarda-jurado Luis Morcón acababa de cruzar por tercera vez el puentecillo de madera tendido sobre el Manzanarés, cuando advirtió en un cañaveral una visión, ó si se quiere un espectáculo, que le llenó de asombro. Era nada menos que una bellísima joven en el propio traje de Eva antes de la manzana.

El guarda permaneció un par de minutos verdaderamente asombrado; mas, pasado ese tiempo, juzgó oportuno desasombrarse, y se acercó á la joven ó sea á la visión.

—¿Quiere usted hacer el favor de explicarme cómo se encuentra usted en este sitio con ese traje, es decir, sin ningún traje?

La joven dió un suspiro y cayó á los pies del guarda, lo que no dejó de ser una elocuente contestación.

—Sigo esperando que se explique usted— prosiguió el guarda, haciendo esfuerzos para no perder la serenidad.

—¡Per Dios, señor guarda, piedad!

—¡Ah! Tiene usted miedo, ¿verdad?

—Sí, mucho miedo... y mucho frío... Pero no sabía que estuviese prohibido bañarse en estos lugares... Dicen que el agua pertenece á todo el mundo...

—Es verdad; pero el agua del Manzanarés tiene sus privilegios, y uno de ellos es el de que se la trate con cierto pudor.

—Es que si se tiene demasiado pudor, no hay quien se bañe.

—Bueno, bueno; basta de conversación. Su nombre de usted.

Y, al decir esto, sacó un cuaderno y un lápiz: pero la dama no respondió.

—Su nombre de usted, he dicho. ¿Es usted sorda?

La bañista contestó lentamente:

—Me llamo Luisa Pérez, tengo veinte años, más algunos meses de lactancia, y vivo del amor y del agua fresca, como ha tenido usted ocasión de ver...; es decir, más vivo de lo primero que de lo segundo.

UN GUARDIA MATEMATICO



—¡Pues ya sé los que vais á salir!

—Perfectamente. ¿Es us'ed de Madrid?

—No, señor, de Talavera.

—¿Y cómo se encuentra usted aquí?

—Ahí verá usted... el amor.

—¿Cómo el amor?

—Quiero decir que el amor me ha traído á estos lugares.

—¡Ah! ¿Tiene usted por aquí á su... novio?

—No, señor; yo no le tengo... Se me ha escapado el muy bribón con la ropa.

—¿De modo que...?

—Sí, señor; me he quedado completamente desnuda.

—Pues este no es un traje muy presentable que digamos...

—A veces.

—Bueno, niña, no bromeemos y pierse usted en que ha ofendido á la moral.

- Pues no lo sabía.
 —Vaya qué inocente!
 —Diga usted que la moral es una señora que se asusta de muy poca cosa.
 —Se asusta de lo que le da la gana... Tenga, envuélvase en esta manta y sígame.
 —Guarda... ¡por Dios!
 —No hay ¡por Dios! que valga... Sígame...
 —Piense usted en que no tengo más que

LA LEY DE LA COINCIDENCIA



ELLA (reflexionando). —¡A buena hora! Todos los hombres son iguales. Unas veces hay que esperarlos demasiado tiempo, y otras se adelantan... Es rara la vez que coinciden;

veinte años y es una edad demasiado tierna para tener ya tratos con la justicia.

- ¡No ha dicho usted que vive del amor!
 —Sí.
 —Pues...
 El guarda se retorció el bigote. Induda-

blemente empezaba á enternecerse. La verdad es que el caso no era para menos. La misma diosa Themis se hubiera enternecido ante aquellas miradas suplicantes.

Luisa se había envuelto en la manta del guarda y esperaba... Esperaba una resolución salvadora. A los veinte años se tienen innumerables esperanzas.

—Pues...—prosiguió el representante de Themis en el campo—me da usted lástima.

—¡Gracias, guarda mío!

—Y como á mí me gustó siempre ser galante con las damas...

La joven empezaba á comprender y se ruborizó.

—Tenga usted en cuenta que mi honradez...

—Todo lo quisiera tener en cuenta, señorita, pero advierta que en estos momentos no tenemos más remedio que hacernos mutuas concesiones.

—¿Y si rehusó iré al juzgado?

—Es lo más probable...; pero descuide usted, que no irá.

—¿No lo quiere usted, verdad, [guarda?]

—¿Y usted?

—Yo, no.

—Pues yo tampoco. Conque...

Y partiendo en trozos la 'hoja' del cuaderno en que habla escrito el nombre de la joven, se los ofreció para que los tirase al agua!

Luisa le echó los brazos al cuello completamente enternecida.

—¡Sois tan encantadora!—murmuró el guarda también enternecido.

Y añadió ella llena de vanidad:

—Espere; todavía no lo sabe usted bien.

Pasado un rato, el guarda decía:

—¡Ahora, sí; ahora sí que lo sé!

Salvador Ortega.

EPIGRAMA CALLEJERO

De Escabeche la mujer
 y de la Manteca el conde,
 claudican de su deber;
 mas no se puede saber
 cuándo se entienden y en dónde.

Ni es fácil que se sospeche;
 pues la esposa de Escabeche
 ve al conde de la Manteca
 en la calle de la «Leche»,
 donde vive su ama seca,

Mariano del Todo y Herrero.

NUESTRAS COCOTAS

AMALIA LÓPEZ

QUÉ hombre galante y de buen gusto no conoce á Amalita López?... Tiene la nariz corta y respingueña, la boquirrita pronta á la admiración y á la ironía, los ojos un poco rasgados, anegados en luz inteligentes; sus cabellos, rubios de un rubio obscuro, se encrespan bajo el cintillo de perlas que adorna su cabecita impresionable, testaruda y loca. Y el talle es mimbreado y firme, y la curva de las caderas larga y audaz, y la carne blanca...

Es muy bonita y muy simpática, y conseguir una entrevista con ella cuesta un mundo. Porque tiene muchos amigos y á todas horas la solicitan y la acosan y no la dejan...

Yo la escribí hace varios días, rogándola que me dijera cuándo podíamos vernos, y hasta anteayer no lo he logrado.

Me citó en el Trianon, en la sección última, y como al salir de allí la noche estaba tibia y clara, en un automóvil del Casino nos fuimos á cenar á la Cuesta de las Perdices, en casa de Camorra...

Durante el camino, que se hizo rápido, más rápido á su lado, ella refa...

¡Qué rato más ameno pasamos! ¡Y qué singular y qué extraño! Porque un hombre joven y una mujer bonita y provocativa, ¡no morderse, ni besarse, ni nada!...

Estuvimos honestos, demasiado serios. Yo quería que me contase como *cayó*, y claro, para prepararla tuve que ponerme muy formal é ir

preguntando poco á poco. Luego... luego ella estaba triste, y ya no pudo ser.

*

Mi perdición—«perdición» llama Amalita á su caída—vino tras una serie de circunstancias como ocurridas todas de acuerdo para que sucediera... Primero, la muerte de mi padre y quedar casi sola, con un novio que iba á verme todos los días... Yo era entonces una chica de pueblo, educada, sí, en

principios de moral y religión, pero en aquella aldea en que nací... El, mi novio, había vivido en Madrid mucho tiempo, y tenía una soltura y una mundanidad capaces de confundir á quien supiese más que yo. ¡No te quiero decir!...

Una tarde, al obscurer, estábamos solos en mi gabinete de costura. El había recibido ya algunas pruebas de mi cariño. Pero de pronto, poniéndose muy rojo, se levantó y empezó á pasear, cruzando como un loco la habitación. Luego vino hacia mí, y aunque yo al principio me negué, él insistió y lo hizo tan hábilmente, que, llorando, cedí y fui suya... como él quiso.

Pasó aquel día y el siguiente y otro... y no volvió. Primero supuse que estuviera enfermo; luego, ¡qué se yo!, todo menos lo que era en realidad.

Se dijo y se comentó mucho en el pueblo. Me aseguraron que volvería... Pero transcurrió un año, y seguí esperándolo sin que llegase.

Circunstancias que no quieras saber, que yo no quiero recordar, día por día, suceso por suceso, porque sería amargarme



AMALIA LOPEZ

y sufrir demasiado, me hicieron venir á Madrid, ser como me conoces. Pues, bueno; ahora, hace poco, he hallado á mi ex novio en una broma. ¡Qué momento! Lloró. Y lo hizo con lágrimas sinceras, de verdad. Me lo juró y lo creo.

Y cuando yo le recriminé y le pregunté por qué me abandonó, huyendo de mi lado tan cobardemente, me dijo, ¡asómbrate!, que porque no había encontrado en mí la pureza que buscaba y deseaba...

¿Será verdad? Yo te juro que entonces sólo había sido suya. Y á la vez me habló con tales tonos de sinceridad que yo le creo. Y me confundo y no sé, no sé., ¡si no me aturdiera me volvería local!

Esta es mi historia. Ya ves que es triste. Porque si eso es verdad, no puedo echar la culpa á nadie. Es que me adelanté y nací como cuentan que se nace ahora.

Jacinto Carmin.



La inauguración de la temporada en el Gran Teatro ha ocupado estos días á nues-

tro gran amigo Pepe Ontiveros, obligándole á hacer un paréntesis en sus trabajos literarios.

En el próximo número seguirán sus interesantes *Memorias*. ¡



• VARIEDADES •

Nuestro querido amigo el popular escritor Dionisio de las Heras, ha dejado la dirección de la revista artística *Varietés* para ponerse al frente de otro semanario titulado *Varietades*, de más amplias orientaciones artísticas.

Varietades, que saldrá esta semana, con propósitos de una gran circulación, cultivará la especialidad teatral, buscando siempre la nota del día, palpitante y nueva.

Mucha suerte.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

308. 517. DE EL LIBRERAS

ALFONSO FOTOGRAFO
TELÉFONO 2869
FUENCARRAL 6 MADRID

¡PRODIGIOSO! **ALEXGO** ¡MARAVILLOSO!

LA HOJA DE PARRA • REVISTA FESTIVA •
APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas:

• ENDEZ ALVARO, 2, PRIMERO

Apartado de Correos número 547
MADRID

En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, 11.

En Barcelona: NARCISO ESPAÑA, Kiosco EL SOL